

INSTITUTO LA AGUILAR

Instituto Aguilar, en el
de la institución de
en las áreas de
Económica y Estadística,

de nuestro
y de
y de la
de la institución pública
de la institución

de la institución y de
de la institución Artes,
de la institución

de la institución
de la institución, y
de la institución
de la institución y de la institución
de la institución y de la institución

de la institución de la institución

de la institución
de la institución
de la institución que
de la institución que

ARCHIVO

de la institución
de la institución. También
de la institución y de la institución

EXPOSICION DEL NACIMIENTO GUATEMALTECO EN ANTROPOLOGIA E HISTORIA

ERNESTO CHINCHILLA AGUILAR

Palabras pronunciadas por el licenciado Ernesto Chinchilla Aguilar, en el acto inaugural de la Exposición del Nacimiento que el Instituto de Antropología e Historia de Guatemala ha abierto para el público, en las Sala de Exhibiciones Especiales del Museo Nacional de Arqueología y Etnología, edificio número 3 de la Aurora.*

Antropología e Historia de Guatemala, fiel a su tradición de estudio de nuestro acervo cultural, en forma artística y científica, y ahora con nueva inspiración y deseo de llevar al alma nacional algo de su mismo aliento, que parece que la toca y que la hiere con el sentido de su propio ser: se enorgullece de presentar, al culto público que asiste a esta sala, una exposición de los motivos del Nacimiento Guatemalteco y una versión de ese Nacimiento, en sus formas primigenias y auténticas.

En cuanto España traslada al Nuevo Continente formas de vida y de pensamiento; en cuanto florecen aquí las Artes de Europa -las llamadas Nobles Artes, y las Artes Populares que forman el pan de cada día-: América es España.

Y en cuanto la rica cepa indígena se prende a la cultura occidental y la trasciende en espíritu y en arte, España se contamina del divino aliento de las razas vernáculas, y se enciende en esa flor preciosa que se llama Hispanoamérica. Entre nosotros España se vuelve indígena, como nuestros volcanes y nuestros lagos, porque la cruz hiere el paisaje y la cúpula corona el poblado, y el sombrero y la enagua, la carreta y el borrico de nuestros caminos, y los rabaños de ovejas, se vuelven hermanos de la tierra, tanto como puedan serlo la sementera de maíz o las selvas de chicozapote.

Inútil querer separar aquí lo ajeno de allende el mar, y lo ajeno de allende el horizonte histórico; siendo las dos cosas tan nuestras.

Aquí el sentido histórico se pierde y el sentido artístico se allana. La nacionalidad surge en toda su autenticidad y en toda su belleza: corazón de color, fuerza en su misma sencillez y en la hondura de su mensaje, mezcla de forma y de capricho que confirma nuestro propia juventud espiritual, tan ingenua, a veces, que el corazón que no se vuelva niño pasará sin comprender el significado, pasajero apenas del contorno.

Y, sin embargo, se puede intentar un deslinde entre lo hispánico y lo indígena de este nacimiento nuestro, que es una muestra viva de mestizaje cultural. También se puede intentar un deslinde entre lo puramente convencional del Nacimiento, y lo que es expresión libre del espíritu creador de nuestro pueblo.

* (En *Antropología e Historia*, Vol. VII, N. 2, junio de 1955, págs. 27-30)

Hispanico es el mismo conjunto general del Nacimiento, con su portal o pesebre, sus Magos de Oriente, sus veredas y campos de aserrín...

Indígenas son los chinchines de jícara, el tambor y la tortuga, que nos han guardado indelebles las pinturas de Bonampak. Indígenas son los pitos de barro, y las reminiscencias del antiguo arte plumario que se sorprenden con mínimo esfuerzo. E Indígena es la destreza con que han sido ejecutadas las figurinas de barro, por más que resulte imposible encontrar un nexo válido entre estas figurinas y las arqueológicas.

Y nótese cómo nuestro Nacimiento es pura plasticidad, que se traduce en forma y en colorido; mientras las manifestaciones literarias o musicales que suelen acompañar a las celebraciones navideñas son relativamente pobres. No hay aquí producción de villancicos, autos o misterios. Ni el tema navideño ha sido explotado por el teatro o por la novela o por la poesía de Guatemala.

¿Pero quién y cuándo ha podido inculcar en el alma nacional con tal fuerza y peculiaridades la fiesta del Nacimiento?

Lo más probable es que el simple trasplante haya tenido aquí su propia evolución, hasta adquirir, por mera contribución anónima, sus características esenciales, que han llegado a fijarse en objetos que acepta el natural buen gusto de nuestra comunidad.

Con todo, algunos de su biógrafos atribuyen la fiesta del Nacimiento, en lo que ha podido impregnarse en el alma popular de Guatemala, al Hermano Pedro de Betancourt, quizás por haber sido el Siervo de Dios especialmente devoto de la Natividad, hasta poner la Orden Hospitalaria, que él fundó, bajo la advocación de Belén.

Uno de los más modernos entre estos biógrafos dice: <<En largas veladas -el Hermano Pedro- se entretenía haciendo con telas embreadas y fruncidas, colinas y montañas, que salpicaba de aserrín coloreado, dándoles tonalidades verdes o rocosas. Con vidrios sometidos al fuego y que entre las llamas se resquebrajaban, fingía pedazos de hielo, muy naturales en aquella noche fría en que naciera Jesús, apenas calentado por el aliento del buey y la mula. Cristales con papel azul o plateado, le servían para hacer lagos, acaso el de Tiberíades o el Mar Muerto, Pastores de ovejas, que sin duda le recordaban sus días de juventud en la encantadora isla de Tenerife, iban por los caminos de arena con rumbo al establo, a ofrecer sus humildes presentes al recién nacido. En una tela pintada de azul, que figuraba el cielo, brillaban innúmeras estrellas, distinguiéndose, entre todas, una más brillante, la que debía guiar a los Reyes Magos al sitio humilde de la adoración>>.

<<Contrastando con todo aquello, en cierto modo factible, pululaban entre riscos y bosques, altas sierras y blandas planicies, indios de caprichosas indumentarias, en anacrónica participación con los hijos de la lejana Palestina. Parecía imposible al que tan tíernamente amaba a los pobres primitivos de América, que ellos no concurrieran allí, en la hora bíblica, a saludar la llegada del Mesías>>.

Pero es de suponerse que, en esta vívida descripción, la literatura se ha inspirado en la celebración actual del Nacimiento, y no en alguna fuente primaria.

Temas como la Anunciación, la Visitación, la Adoración de los Reyes, la Natividad, o la Sagrada Familia, eran frecuentes en la escultura y en la pintura de Guatemala desde el Siglo XVI, como habían venido siéndolo en la escultura y en la pintura del Medioevo y el Renacimiento europeos. Y el historiador Domingo Juarros, presbítero secular del arzobispado de Guatemala, a fines de la colonia, incluye entre las principales fiestas de la Iglesia Catedral, en primer término, la del Nacimiento de Jesús, con referencia, además, a la fundación de las Misas de Aguinaldo, que hizo don Francisco Muñoz y Luna, con un fondo de mil ochocientos pesos.

Pero, mientras la Iglesia celebra la Navidad, entre nosotros, con una simple representación del Portal, o Pesebre de Belén, y los temas a que ya me he referido (la Anunciación, la Visitación, la Adoración de los Magos), y con la llamada Misa del Gallo, etc. Y mientras los maestros de Pintura y Escultura se inspiran en estos mismos motivos. El artesano modesto, el que trabaja el barro -por ejemplo-, se adueña de todos los demás asuntos sencillos del Nacimiento, y aun los crea con audacia, quizás porque, durante la época colonial, en alguna forma, le estaba prohibida, al simple aficionado, a producción de imágenes destinadas a recibir adoración pública. Y es de recordar aquí aquella prevención de unas Ordenanzas novohispanas de pintura y escultura, dadas en 1681, que dice, entre otra cosas: <<Que ningún indio pueda hacer pintura de imagen alguna de santos, sin que haya aprendido el oficio con perfección y sea examinado... y esto por la suma irreverencia que causan las pinturas e imágenes que hacen... pero como no hagan pinturas de imágenes de santos, se les permite sin ser examinados que pinten países en tablas de flores, frutas, animales, pájaros, romanos y otras cualesquiera cosas, como no sean imágenes de santos, que sólo para esto han de ser examinados y aprender este arte, para que lo hagan con perfección>>.

Pero se entiende que esta disposición no toca sólo con los indios, sino mayormente con los españoles. Y nótese que son artesanos no puramente indígenas los que realizan esta rica y variada producción de objetos del Nacimiento.

Yo hablo, por supuesto, de este Nacimiento, el de la Clase Media guatemalteca, el mismo que desde hace algunos lustros ha venido siendo arrollado por las producciones en serie, primero de bombas azogadas, y luego por cordones de luces de colores, hilillos plateados y objetos de plástico... hasta ser sustituido por el árbol más exótico de nuestra flora, que es, sin lugar a dudas, el Christmas Tree.

No es este el suntuoso Nacimiento de las casas ricas, en que se alínean con amaneramiento grandes esculturas del bulto. Ni tampoco es un tipo de Nacimiento importado directamente de España, que comienza a tener acogida entre nosotros.

El Nacimiento guatemalteco es modesto, pero auténtico. Descendiente directo de aquel que añora José Milla en sus **Cuadros de Costumbres**, con su peculiar y agradable olor de frutas y de flores, con sus pitos de agua y sus chinchines, cuya falta nada alcanzaría a suplir.

Ha desaparecido ya la especie del Nacimiento animado, con plaza de toros volador, titeres, carruajes, molinos y agua, todo en movimiento.

Buena parte del Nacimiento actual de Guatemala es de fabricación casera: papeles embreados, cielos de tela, casitas de cartón... Flores y frutos frescos le sirven de ornamento: la simétrica pacaya, los gallos encendidos y la suntuosa Flor de Pascua; el fragante molocotón y lo hilos de manzanilla. Musgos y paxtles, cordones de pino y aromática alfombra de lo mismo... Arenillas y pedruscos, conchas de mar, aserrines de colores, vidrios triturados o chayes, como prefiere llamarlos el guatemalteco, con una voz indígena... Todo esto constituye el marco y el paisaje, sobre el cual se colocan: arbolitos de fibra, o de pita, con tallo de alambre y pie de arcilla; pavos hechos de la piña del pino, ovejas de algodón y gran concurso de pastorcillos, generalmente vestidos con trajes regionales, de trapo, de papel, de barro, de madera... Prestan también su concurso el zibaque y las anilinas, y el espíritu de libre creación de las gentes. Sin faltar: el buey y la mula, los tres Reyes Magos; ángeles y serafines; estrellas de hojalata; y, en el fondo, paisajes en telas que dan el efecto de prolongar el nacimiento. El tema central está constituido por el Portal o Pesebre, San José, la Virgen y el Niño Dios, a veces, sólo el Niño Dios.

Así queda el Nacimiento, musgoso y apacible, como un pueblecillo de Guatemala, con su horizonte de volcanes, desde el día 24 de diciembre, hasta el 2 de febrero, como fecha máxima, y por esa razón es varias veces remozado. En el interín: música de pitos y tambores, chinchines y tortuga: alumbrado de farolillos de hojalata, coheterillos, tamales, etc.

Una revista de todos estos elementos nos muestran que la mayor producción de ellos proviene de la Verapaz, con su modalidad típica de Rabinal en vigorosas estilizaciones policromadas. La artesanía de la capital contribuye con buen número de objetos de hojalata y de madera. Sacatepéquez y Totonicapán, con trabajos en barro... Y, en menor grado, casi todos los demás pueblos de la República, con el resto.

Los pitos son de hojalata, y se conocen con el nombre de pitos de agua; o bien, de barro, con la forma estilizada de un patito.

Pero nada resiste la comparación con los magníficos pastorcillos de barro de Sacatepéquez, tan expresivos como simple estatuilla de barro cocido, como cuando están a medio pintar, o ya engalanados con sus ingenuos colores.

Con razón se podría pensar que una decidida protección a estas pequeñas industrias se logra también, con eficacia, cuando se procura despertar en el guatemalteco una conciencia clara del valor que tienen las Artes Populares en nuestro suelo.

El animador y constructor del Nacimiento que tienen ustedes a la vista es Guillermo Grajeda Mena, señor de las artes plásticas y uno de nuestro mejores valores, quien no escatima antena que pueda ser herida por ésta o aquella expresión del alma nacional. Toma el pequeño copo de algodón entre sus dedos seguros que saben de modelados en bronce y en mármol. Y no desestima la precisión con que se ha retorcido el alambre o la hojalata, ni desconoce la inusitada alegría del hombre de Guatemala cuando se expresa en el grave colorido del barro, o en la profunda estilización pictórica.

Carlos Samayoa Chinchilla acoge la idea, y le da lozanía con su franco y amable entusiasmo. Y todo el personal del Instituto curiosean aquí y allá. Lo que era sólo

proyecto se inyecta de vida, de conocimientos técnicos y delicadeza de artista, hasta adquirir: carne, huesos y proyecciones.

Séame permitido expresar así mi viva admiración por quienes recogen estos motivos de nuestro Nacimiento: y nos lo entregan con toda su gracia artística y toda la verdad de su pureza.

Sólo me resta agradecerles su presencia en este Nacimiento guatemalteco que el Instituto de Antropología e Historia se complace en ofrecerles.